

Tal vez ha de objetárseme que al resaltar las correspondencias, he pasado por alto las diferencias entre las tradiciones, orientales y occidentales, modernas, antiguas y primitivas. La misma objeción puede hacerse a cualquier libro de texto o carta anatómica, en que las diferencias fisiológicas de raza son desatendidas con el objeto de dar mayor importancia a una comprensión general básica de la psique humana. Por supuesto que hay diferencias entre las numerosas mitologías y religiones de los hombres, pero este libro está dedicado a sus semejanzas; y una vez que éstas hayan sido entendidas, ha de descubrirse que las diferencias son mucho menos grandes de lo que popular (y políticamente) se supone. Espero que un estudio comparativo contribuya a la causa, tal vez no perdida, de las fuerzas que luchan por la unificación en el mundo actual, no en nombre de un imperio eclesiástico o político, sino con la meta del mutuo entendimiento humano. Como se nos dice en los Vedas: "La Verdad es una, los sabios hablan de ella con muchos nombres."

Deseo agradecer al Sr. Henry Morton Robinson su ayuda en el largo trabajo de poner mi material en forma legible; sus consejos me fueron de gran utilidad en la primera y en la última etapa del libro; lo mismo a las señoras Peter Geiger, Margaret Wing y Helen MacMaster, quienes leyeron mi manuscrito muchas veces y me ofrecieron valiosas sugerencias, y a mi esposa, que trabajó conmigo del principio al fin, escuchando, leyendo y revisando.

Nueva York
Junio 10, 1948

J. C.

"El mito y el sueño" y "Tragedia y comedia", "El héroe y el Dios" en "El héroe de los mil caras" y "Psicología del mito", Joseph Campbell, México, FCE, 1989, p. 11-49.

PRÓLOGO

EL MONOMITO

1. EL MITO Y EL SUEÑO

Sea que escuchemos con divertida indiferencia el sortilegio fantástico de un médico brujo de ojos enrojecidos del Congo, o que leamos con refinado embeleso las páldas traducciones de las estrofas del místico Lao-Tse, o que tratemos de romper, una y otra vez, la dura cáscara de un argumento de Santo Tomás, o que captemos repentinamente el brillante significado de un extraño cuento de hadas esquimal, encontraremos siempre la misma historia de forma variable y sin embargo maravillosamente consistente, junto con una incitante y persistente sugestión de que nos queda por experimentar algo más que lo que podrá ser nunca sabido o contado.

En todo el mundo, habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones culturales humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos científicos y tecnológicos, las propias visiones que atormentan el sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito.

Lo asombroso es que la eficacia característica que conmueve e inspira los centros creadores profundos reside en el más sencillo cuento infantil, como el sabor del océano está contenido en una gota y todo el misterio de la vida en el huevo de una pulga. Porque los símbolos de la mitología no son fabricados, no pueden encargarse, inventarse o suprimirse permanentemente. Son productos espontáneos de la psique y cada uno lleva dentro de sí mismo, intacta, la fuerza germinal de su fuente.

¿Cuál es el secreto de la visión eterna? ¿De qué profundidades de la mente se deriva? ¿Por qué la mitología

es la misma en todas partes, por debajo de las diferencias de vestidura? ¿Qué nos enseña?

Actualmente muchas ciencias contribuyen al análisis de este enigma. Los arqueólogos exploran las ruinas de Iraq, Honán, Creta y Yucatán. Los etnólogos interrogan a los ostiados del río Obi y a los hubis de Fernando Po. Una generación de orientalistas ha abierto para nosotros recientemente los escritos sagrados del Oriente, y también las fuentes prehebreas de nuestra Sagrada Escritura. Mientras tanto, otra multitud de eruditos, continuando investigaciones iniciadas el siglo pasado en el campo de la psicología de los pueblos, trata de establecer las bases psicológicas del lenguaje, del mito, de la religión, del desarrollo artístico y de los códigos morales.

Sin embargo, lo más extraordinario de todo son las revelaciones que han surgido de las clínicas para enfermedades mentales. Los escritos atrevidos, y que verdaderamente marcan una época, de los psicoanalistas, son indisputables para el estudioso de la mitología; porque, piénsese lo que se piense de las detalladas y a veces contradictorias interpretaciones de casos y problemas específicos, Freud, Jung y sus seguidores han demostrado irrefutablemente que la lógica, los hechos y las hazañas del mito sobreviven en los tiempos modernos. Como se carece de una mitología general efectiva, cada uno de nosotros tiene su panteón de sueños, privado, inadvertido, rudimentario pero que obra en secreto. La última encarnación de Edipo, el continuado idilio de la Bella y la Bestia, estaban esta tarde en la esquina de la Calle 42 con la Quinta Avenida, esperando que cambiaran las luces del tránsito.

"Soné —escribió un joven norteamericano al autor de una publicación periodística asociada—, que estaba reparando nuestro tejado. De pronto oí la voz de mi padre que me llamaba desde abajo. Me volví repentinamente para oírlo mejor, y al hacerlo, el martillo se me cayó de las manos, resbaló por el tejado en declive y desapareció por el borde. Oí un golpe fuerte, como el de un cuerpo que cae.

Terriblemente asustado, bajé por la escalera. En el suelo estaba mi padre muerto, con la cabeza ensangrentada. Desesperado, sollozante, empecé a llamar a mi madre. Ella salió de la casa y me abrazó. 'No te preocupes, hijo, fue un accidente, tú cuidarás de mí ahora que él no existe.' Cuando me besaba, desperté.

Soy el hijo mayor de nuestra familia y tengo veintitrés años. Me estado separado de mi esposa desde hace un año; no pudimos vivir juntos. Quiero mucho a mis padres y nunca he tenido dificultades con mi padre, pero él insiste en que vuelva a vivir con mi esposa y yo no podría ser feliz con ella. Y nunca lo seré."¹

Este marido fracasado revela, con una inocencia verdaderamente maravillosa, que en vez de empujar sus energías espirituales hacia el amor y hacia los problemas de su matrimonio, se ha quedado inactivo en los secretos rincones de su imaginación, con la ahora ridículamente anacrónica situación dramática de su primera y única complicación emocional, la del triángulo trágico de la primera infancia: el hijo contra el padre por el amor de la madre. Al parecer, la más permanente de las disposiciones de la mente humana es la que se deriva de que, de todos los animales, somos los que nos alimentamos durante más tiempo del pecho materno. Los seres humanos nacen demorado pronto; están incapacitados para enfrentarse con el mundo. En consecuencia, su única defensa frente a un universo de peligros es la madre, bajo cuya protección se prolonga el período intrauterino.² De aquí que el niño dependiente y su madre constituyan meses después de la castrafó del parto una unidad dual, no sólo física sino también psicológicamente.³ Cualquier ausencia prolongada de la madre causa tensión en el niño, e impulsos agresivos correspondientes; también cuando la madre se ve obligada a oponerse al niño provoca respuestas agresivas. De esta manera, el primer objeto de la hostilidad del niño es idéntico al primer objeto de su amor, y su primer ideal (que

¹ Clement Wood, *Dreams: Their Meaning and Practical Application* (Nueva York: Greenberg, 1931), p. 124. "El material de sueños en este libro —dice el autor (p. viii)—, está tomado principalmente de más de mil sueños que me han sido enviados semanalmente para análisis, en conexión con mis trabajos publicados en todos los periódicos del país. También he utilizado sueños que he analizado en mi práctica privada." Contrastando con la mayor parte de los sueños presentados en trabajos similares sobre la materia, los utilizados en esta popular introducción a Freud, vienen de personas que no están siendo analizadas. Son extraordinariamente ingenuos.

² Géza Róheim, *The Origin and Function of Culture* (Nervous and Mental Disease Monographs, N° 69, Nueva York, 1943), pp. 17-25.

³ D. T. Curtinham, "Die Einführung des Kleinkeins in die Mutter," *Imago*, XXI, p. 429; cita de Géza Róheim, *War, Crime and the Covenant* (Journal of Clinical Psychopathology, Monograph Series, N° 1, Monticello, N. Y., 1945), p. 1.

a partir de entonces permanece como la base inconsciente de todas las imágenes de felicidad, belleza, verdad y perfección) es el de la unidad dual de la Virgen y el Niño.⁴

El infortunado padre es la primera intrusión radical de otro orden de realidad en la beatitud de este restablecimiento terreno de la excelencia de la situación dentro del vientre; la primera impresión que se tiene de él, por lo tanto, es de enemigo. A él se trasfiere la carga de agresión que estaba originalmente ligada a la madre "mala" o ausente, mientras que el deseo ligado de la madre "buena", presente, nutricia y protectora lo conserva (normalmente) ella misma. Esta fatal distribución infantil de los impulsos de muerte (*thanatos*; *destruido*) y de amor (*eros*; *libido*), es la base del ahora célebre complejo de Edipo, que Sigmund Freud señaló hace alrededor de cincuenta años como la gran causa de nuestro fracaso como adultos en cuanto a comportarnos como seres racionales. Como dice el Dr. Freud: "El rey Edipo, que ha matado a su padre y tomado a su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles. Pero, más dichosos que él, nos ha sido posible, en épocas posteriores a la infancia, y en tanto en cuanto no hemos contraído una psiconeurosis, desviar de nuestra madre nuestros impulsos sexuales y olvidar los celos que el padre nos inspiró."⁵ Y añade: "Todas las perturbaciones morbosas de la vida sexual pueden considerarse justificadamente como inhibiciones del desarrollo."⁶

...Y no te asuste
lo de las bodas de tu madre; de otros
lo mismo cuentan, sí, también... en sueños...
Quien de esas vaciedades más se rie
mejor la entiende y pasa más tranquilo.⁷

⁴ Rohlfen, *War, Crime and the Covenant*, p. 3.

⁵ Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños* (*Obras Completas*, vol. I, p. 392; traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948).

⁶ Una teoría sexual "3" Las metamorfosis de la pubertad. *Obras Completas*, vol. I, p. 815.

⁷ Sófocles, *Edipo Rey*, episodio tercero; traducción de A. Espinosa Pollt. Ha sido señalado que el padre también puede experimentarse como protector y la madre como tentadora. Este es el significado de Edipo a Hamlet. "¡Dios mío! Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez, y me tendería por rey del espacio infinito si no fuera por los malos sueños que tengo." (*Hamlet*, II, II.) "Todos los neuróticos — escribe el Dr. Freud — son Edipo o son Hamlet." Y en cuanto al caso de la hija (que es un grado más complicado), el pasaje que sigue ha de bastar para la presente

La lamentable perplejidad de la esposa de un hombre cuyos sentimientos en vez de madurar permanecieron encerrados en el amor de la primera infancia puede juzgarse por el aparente absurdo de otro sueño moderno; y es aquí donde comenzamos a sentir que entramos al reino del anti-guero mito, pero con un giro curioso.

"Soñé — escribió una mujer preocupada —, que un caballo blanco me seguía por donde iba. Yo le tenía miedo y trataba de apartarlo. Me volví para ver si todavía me seguía y pareció haberse convertido en un hombre. Le dije que entrara a una peluquería para que le cortaran la melena y él lo hizo. Cuando salió se veía como un hombre, pero tenía cascos y cara de caballo y me seguía por donde yo iba. Se me acercó más y yo desperté.

Soy una mujer casada, de treinta y cinco años, con dos hijos. He estado casada durante catorce años y tengo la seguridad de que mi marido me es fiel."⁸

El inconsciente manda a la mente toda clase de brumas, seres extraños, terrores e imágenes engañosas, ya sea en sueños, a la luz del día o de la locura, porque el reino de los humanos oculta, bajo el suelo del pequeño compartimiento relativamente claro que llamamos conciencia, insospechadas cuevas de Aladino. No hay en ellas solamente joyas, sino peligrosos genios: fuerzas psicológicas inconvenientes o reprimidas que no hemos pensado o que no nos hemos atrevido a integrar a nuestras vidas, y que pueden permanecer imperceptibles. Pero por otra parte, una palabra casual, el olor de un paisaje, el sabor de una taza de té o la mirada de un ojo pueden tocar un resorte mágico y entonces empiezan a aparecer en la conciencia mensajeros peligrosos. Son peligrosos porque amenazan la estructura de seguridad que hemos construido para nosotros y nuestras familias. Pero también son diabólicamente fascinantes porque llevan las llaves que abren el reino entero de la aventura desecada y temida del descubrimiento del yo. La destrucción del mundo que nos hemos construido y en el que vivimos, y de nosotros con él; pero después una maravillosa reconstrucción de la vida humana, más limpia, más exposición. "Soñé la noche pasada que mi padre apuntaba a mi madre en el corazón. Ella murió. Nadie lo acusó por lo que hizo, pero yo lloraba amargamente. El sueño cambió y él y yo nos fuimos juntos en un viaje; yo me sentía muy feliz." Este es el sueño de una mujer soltera de veinticuatro años. (Wood, *op. cit.*, p. 130)

⁸ Wood, *op. cit.*, pp. 92-93.

atrevida, más espaciosa y plena... ésa es la tentación, la promesa y el terror de esos perturbadores visitantes nocturnos del reino mitológico que llevamos adentro.

El psicoanálisis, la ciencia moderna que lee los sueños, nos ha enseñado a atender a estas imágenes insustanciales. También ha encontrado la manera de permitirles realizar su obra, o sea, deja que las peligrosas crisis del desarrollo del yo pasen bajo el ojo protector de un iniciado en la ciencia y en el lenguaje de los sueños, quien representa el papel y el personaje del mistago o guía de almas, el médico de los primitivos santuarios selváticos dedicados a la prueba y la iniciación. El médico es el maestro moderno del reino mitológico, el conocedor de todos los secretos camuflados y de las palabras que invocan a las potencias. Su papel es precisamente el del sabio viejo de los mitos y de los cuentos de hadas, cuyas palabras servían de clave para el héroe a través de los enigmas y terrores de la aventura sobrenatural. El es quien aparece y señala-la-brillante-espada mágica que ha de matar al dragón, quien habla de la novia que espera y del castillo donde están los tesoros, el que aplica el bálsamo curativo a las más mortales heridas y finalmente despierta al conquistador, de regreso al mundo de la vida normal, después de la gran aventura en la noche encantada.

Cuando volvemos, con esta imagen en la mente, a considerar los numerosos rituales extraños que se informan tuvieron lugar en las tribus primitivas y en las grandes civilizaciones del pasado, resulta claro que su finalidad y su efecto real era conducir a los pueblos a través de los difíciles umbrales de las transformaciones que demandan un cambio de normas no sólo de la vida consciente sino de la inconsciente. Los llamados ritos de "iniciación", que ocupan un lugar tan prominente en la vida de las sociedades primitivas (ceremonias de nacimiento, nombre, pubertad, matrimonio, entierro, etc.), se distinguen por ser ejercicios de separación formales y usualmente severos, donde la mente corta en forma radical con las actitudes, ligas y normas de vida del estado que se ha dejado atrás.⁹ Después sigue un intervalo de retiro más o menos pro-

⁹ En los ceremoniales del nacimiento y del entierro, los efectos significativos son, por supuesto, los experimentados por los padres y parientes. Todos los ritos de iniciación deben afectar no sólo a los candidatos, sino a cada miembro de su círculo.

longado, durante el cual se llevan a cabo rituales con la finalidad de introducir al que pasa por la aventura de la vida a las formas y sentimientos propios de su nuevo estado, de manera que cuando, finalmente, se le considere maduro para volver al mundo normal, el iniciado ha de encontrarse en un estado similar al de recién nacido.¹⁰



Fig. 1. Silenos y Ménades

Muy asombroso es el hecho de que un gran número de las imágenes y ceremonias rituales correspondan a las que aparecen automáticamente en el sueño desde el momento en que el paciente psicoanalizado comienza a abandonar sus ideas fijas de la niñez y a avanzar en el futuro. Entre los abortígenes de Australia, por ejemplo, uno de los rasgos

¹⁰ A. van Gennep, *Les rites de passage* (Paris, 1909).

principales de la prueba de iniciación es el rito de la circuncisión por medio del cual el muchacho en la pubertad es separado de la madre y llevado a la sociedad y la ciencia secreta de los hombres. "Cuando un muchacho de la tribu mungu va a ser circuncidado, sus padres y los viejos le dicen: 'El Gran Padre Serpiente huele tu prepucio y lo pide'. Los muchachos creen que esto es literalmente cierto, y se aterrorizan en extremo. Usualmente se refugian en su madre, en la madre de su madre o en algún otro pariente femenino favorito, porque saben que los hombres están organizados para llevarlo al terreno de los hombres, donde la gran serpiente brama. Las mujeres se lamentan en alta voz junto a los muchachos durante la ceremonia; esto es para que la gran serpiente no se los trague."¹¹ Ahora observamos su contraparte desde el inconsciente. "En un sueño — escribe el Dr. C. G. Jung —, un paciente encontró la siguiente escena: Una serpiente saltó de una cueva húmeda y mordió al paciente en la región genital. Este sueño tuvo lugar en el instante en que el paciente se convenció de la verdad del análisis y comenzó a liberarse de las ataduras de su complejo materno."¹²

Siempre ha sido función primaria de la mitología y del rito suplir los símbolos que hacen avanzar el espíritu humano, a fin de contrarrestar aquellas otras fantasías humanas constantes que tienden a atarlo al pasado. De hecho, el porcentaje tan alto de neuróticos entre nosotros se debe a que nos negamos a recibir esa efectiva ayuda espiritual. Permanecemos aferrados a las imágenes no conjuradas de nuestra infancia y por ello poco dispuestos a pasar las etapas necesarias de nuestra edad adulta. En los Estados Unidos hay inclusive un pathos de énfasis invertido: la finalidad es no envejecer sino permanecer joven; no madurar lejos de la Madre, sino aferrarse a ella. De manera que mientras los maridos adoran las reliquias de su infancia, siendo los abogados, los comerciantes o las mentes privilegiadas que sus padres quisieron que fueran, sus esposas, aún después de catorce años de casados y con dos

¹¹ Géza Róheim, *The Eternal Ones of the Dream* (Nueva York: International Universities Press, 1945), p. 178.

¹² C. G. Jung, *Wandlungen und Symbole der Libido* (2ª edición, Leipzig-Viena, 1925), p. 355; traducida por Beatrice M. Hinkle bajo el título *Psychology of the Unconscious, A Study of the Transformations and Symbolism of the Libido* (Nueva York: Dodd, Mead and Company, 1937), p. 413.

hermosos niños ya crecidos, andan en busca del amor, que puede venir a ellas sólo de los centauros, de los silenos, de los sátiros y otros incubos concupiscentes e la calaña de Pan, ya sea como en el segundo de los sueños mencionados, o como en nuestros populares templos de la diosa del amor, rociados de vainilla, en las caracterizaciones de los últimos héroes de la pantalla. El psicoanalista tiene que llegar, finalmente, a reafirmar la probada sabiduría de los viejos, las enseñanzas predictivas de los médicos dantes enmascarados y los médicos brujos circuncidados; y encontramos, como en el sueño de la mordedura de serpiente, que el simbolismo eterno de la iniciación se produce espontáneamente en el momento en que el paciente se libera. Evidentemente, hay algo en estas imágenes iniciadoras tan necesario a la psique, que si no se las suple desde afuera, a través del mito y del ritual, tendrá que anunciarse de nuevo, por medio del sueño, desde adentro; de otro modo nuestras energías permanecerán encerradas en un cuarto de juguete banal y anacrónico, como en el fondo del mar.

Sigmund Freud subraya en sus escritos los diferentes pasos y dificultades de la primera mitad del ciclo de la vida humana, los de la infancia y de la adolescencia, cuando nuestro sol se eleva hacia su cenit. C. G. Jung, en cambio, enfatiza las crisis de la segunda parte, cuando, para poder avanzar, la esfera brillante debe someterse a su descenso y desaparecer, al fin, en el vientre nocturno de la tumba. Los símbolos normales de nuestros deseos y temores se han convertido en sus opuestos en este crepúsculo de la biografía; porque el reto ya no viene de la vida sino de la muerte. Lo que es difícil de abandonar, entonces, no es el vientre sino el falo, a menos que el cansancio de la vida se haya apoderado del corazón y como anteriormente se atendió al atractivo del amor, se atienda ahora a la llamada de la muerte que promete la paz. Es un círculo completo, de la tumba del vientre al vientre de la tumba; una enigmática y ambigua incursión en un mundo de materia sólida que pronto se deshace entre nuestros dedos, como la sustancia de un sueño. Y al volverse a mirar a lo que había prometido ser nuestra aventura única, peli-grosa, imposible de predecir, sólo encontramos que el final es una serie de metamorfosis iguales por las que han pasado hombres y mujeres en todas las partes del mundo, en todos los siglos, de todos los siglos de que se guarda me-

moria y bajo todos los variados y extraños disfraces de la civilización.

Se cuenta, por ejemplo, la historia del gran Minos, rey de la isla de Creta en el período de su supremacía comercial, que contrató al celebrado arquitecto Dédalo para que inventara y construyera un laberinto con el objeto de esconder en él algo de lo cual el palacio estaba al tiempo avergonzado y temeroso. Porque en la historia figura un monstruo, nacido a Pasífae, la reina. Se dice que el rey Minos estaba dedicado a atender batallas importantes para proteger las rutas comerciales; mientras tanto, Pasífae había sido seducida por un toro magnífico, blanco como la nieve y nacido del mar. Lo cual no era en realidad sino lo que la madre de Minos había permitido que le sucediera a ella; la madre de Minos era Europa y es bien sabido que fue un toro quien la llevó a Creta. El toro había sido el dios Zeus y, el privilegiado hijo de aquella unión era el mismo Minos, ahora respetado por todos y servido con veneración. ¿Cómo iba a saber Pasífae que el fruto de su propia indiscreción sería un monstruo, este hijo con cuerpo humano pero con cabeza y rabo de toro?

La sociedad culpó gravemente a la reina, pero el rey tenía conciencia de que parte de la culpa era suya. El toro en cuestión había sido enviado hacía tiempo por el dios Poseidón, cuando Minos contendía con sus hermanos por el trono. Minos había sostenido que el trono era suyo por derecho divino y había pedido al dios que mandara un toro del mar, como señal, y había sellado la plegaria con el juramento de sacrificar al animal inmediatamente, como ofrenda y símbolo de servidumbre. El toro apareció y Minos subió al trono; pero cuando pudo apreciar la majestad de la bestia que se le había enviado, pensó en las ventajas que le traería el ser dueño de tal ejemplar y decidió arriesgar una sustitución mercantil, que supuso que el dios no tomaría en cuenta. Por lo tanto, ofendió en el altar de Poseidón el mejor toro blanco que poseía y agregó el otro a su ganado.

El imperio cretense había prosperado grandemente bajo el sensato gobierno de este celebrado legislador y modelo de virtudes públicas. Cnosos, la capital, se convirtió en el centro espléndido y elegante de la más importante fuerza comercial del mundo civilizado. Las flotas cretenses iban a todas las islas y los puertos del Mediterráneo; las mer-

cancías de Creta eran alabadas en Babilonia y en Egipto. Los pequeños y atrevidos barcos también atravesaban las columnas de Hércules hacia el mar abierto e iban costando hacia el norte para traer el oro de Irlanda y el estaño de Cornwall,¹² y también hacia el sur, rodeando el saliente del Senegal, hacia la remota Yoruba y los distantes mercados de marfil, oro y esclavos.¹³

Pero en palacio, la reina había sido inspirada por Poseidón con una irrefrenable pasión por el toro y había logrado que el artista de su esposo, el incomparable Dédalo, le construyera una vaca de madera que engañara al toro, en el cual se ocultó de buena gana y el toro fue engañado. La reina dio a luz un monstruo, el cual, al paso del tiempo, empezó a convertirse en un peligro. Y Dédalo fue llamado de nuevo, esta vez por el rey, para que construyera la tremenda cárcel del laberinto, con pasajes ciegos, con el objeto de esconder aquella cosa. Tan perfecta fue la invención que Dédalo mismo, cuando la hubo terminado, difícilmente pudo regresar a la entrada. Allí se encerró al Minotauro y desde entonces fue alimentado con manebos y doncellas vivos, arrebatados como tributo a las naciones conquistadas por el dominio cretense.¹⁴

De acuerdo con la antigua leyenda, la falta original no fue de la reina sino del rey, y él no pudo culpárlela, porque recordaba lo que había hecho. Había convertido un asunto público en un negocio personal, sin tener en cuenta que el sentido de su investidura como rey implicaba que ya no era meramente una persona privada. La devolución del toro debería haber simbolizado su absoluta sumisión a las funciones de su dignidad. El haberlo retenido significaba, en cambio, un impulso de engrandecimiento egocéntrico. Así el rey elegido "por la gracia de Dios", se convirtió en un peligroso tirano acaparador. Así como los ritos tradicionales de iniciación enseñaban al individuo a morir para el pasado y renacer para el futuro, los grandes ceremoniales de la investidura lo desposaban de su carácter privado y lo investían con el manto de su vocación. Ese era el ideal, ya se tratara de un artesano o de un rey.

¹² Harold Peake y Herbert John Fleure, *The Way of the Sea y Merchant Venturers in Bronze* (Yale University Press, 1929 y 1931).

¹³ Leo Frobenius, *Das unbekante Afrika* (Munich, Oskar Beck, 1923), pp. 10-11.

¹⁴ Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, 132; IX, 736.

Por el sacrilegio de haber rehusado el rito, el individuo se separaba como unidad de la unidad mayor de la comunidad entera; el Uno se disgregaba en los muchos y éstos se combatían los unos a los otros, luchando cada uno por sí mismo, y podían ser gobernados sólo por la fuerza.

La figura del Monstruo-Tirano es conocida en las mitologías, en las tradiciones populares, en las leyendas y hasta en las pesadillas, en todo el mundo, y sus características son esencialmente las mismas. El es el avaro que atesora los beneficios generales. Es el monstruo ávido de los voceros derechos del "yo y lo mío". Los estragos por él provocados están descritos en la mitología y en el cuento de hadas y son de universales consecuencias dentro de sus dominios. Éstos pueden reducirse a su habitación, a su psique torturada, a las vidas que contamina con el toque de su amistad y de su ayuda o puede alcanzar a toda su civilización. El ego desproporcionado del tirano es una matización para sí mismo y para su mundo aunque sus asuntos aparenten prosperidad. Aterrizado por sí mismo, perseguido por el temor, desconfiado de las manos que se le tienden y luchando contra las agresiones anticipadas de su medio, que son en principio los reflejos de los impulsos incontrolables de adquisición que se albergan en él, el gigante de independencia adquirida por sí mismo es el mensajero mundial del desastre, aún en el caso de que en su mente alienten intenciones humanas. Donde pone la mano surge un grito, si no desde los techos de las casas, sí, más amargamente, dentro de cada corazón; un grito por el héroe redentor, el que lleva la brillante espada, cuyo golpe, cuyo toque, cuya existencia libertará la tierra.

No se puede estar de pie, ni tenderse, ni sentarse
Ni siquiera hay silencio en las montañas
Sino secos truenos estériles sin lluvia
Ni siquiera hay soledad en las montañas
Sino hoscos rostros enojados que desprecian y regañan
En las puertas de casas de barro agrietado.¹⁶

El héroe es el hombre de la sumisión alcanzada por sí mismo. Pero sumisión ¿a qué? Ese es precisamente el enigma que tenemos que proponernos y que constituye en todas partes la virtud primaria y la hazaña histórica que el héroe realizó. El Profesor Arnold J. Toynbee indica en su estudio

¹⁶ T. S. Eliot, *The Waste Land*, 340-345.

en seis volúmenes sobre las leyes del surgimiento y la desintegración de las civilizaciones,¹⁷ que los cismas en el alma y los cismas en el cuerpo social no han de resolverse con programas de retorno a los días pasados (arcalismo), o por medio de programas que garanticen un futuro idealmente proyectado (futurismo) ni tampoco por el trabajo tenaz y realista de encadenar todos los elementos destructivos. Sólo el nacimiento puede conquistar la muerte, el nacimiento, no de algo viejo, sino de algo nuevo. Dentro del alma, dentro del cuerpo social, si nuestro destino es experimentar una larga supervivencia, debe haber una continua renovación del "nacimiento" (palingénesis) para nulificar las inevitables recurrencias de la muerte. Porque por medio de nuestras victorias, si no sufrimos una regeneración, el trabajo de Némesis se lleva a cabo: la perdición nace del mismo nuevo que nuestra virtud. Así resulta que la paz es una trampa; la guerra es una trampa, el cambio es una trampa, la permanencia es una trampa. Cuando llegue nuestro día por la victoria de la muerte, la muerte cerrará el círculo; nada podemos hacer, con excepción de ser crucificados y resucitar; ser totalmente desmembrados y luego vuellos a nacer.

Teseo, el héroe que mató al Minotauro, vino a Creta de fuera como símbolo y brazo de la creciente civilización de los griegos. Era lo nuevo y lo vivo. Pero también es posible buscar el principio de regeneración y encontrarlo dentro de los muros mismos del imperio del tirano. El profesor Toynbee usa los términos de "separación" y "transfiguración" para describir la crisis por medio de la cual se alcanza la más alta dimensión espiritual, que hace posible reanudar el trabajo de creación. El primer paso, separación o retirada, consiste en una radical transferencia de énfasis del mundo externo al interno, del macro al microcosmos, un retirarse de las desesperaciones de la tierra perdida a la paz del reino eterno que existe en nuestro interior. Pero este reino, como lo conocemos por el psicoanálisis, es precisamente el inconsciente infantil. Es el reino que penetramos en los sueños. Lo llevamos dentro de nosotros eternamente. Todos los ogros y los ayudantes secretos de nuestra primera infancia están allí, toda la magia de la niñez. Y lo que es más importante, todas las potencialidades vitales que nun-

¹⁷ Arnold J. Toynbee, *A Study of History* (Oxford University Press, 1934), vol. VI, pp. 169-175.

Noel
Ward
Deas

Exp. 14
Kraus
dyl
lv 106

Ad. 104
Ex. 100
dyl
lv 106

ca pudimos traer a la realización de adultos; esas otras porciones de nuestro ser están allí; porque esas semillas de oro no mueren. Si sólo una porción de esa totalidad perdida pudiera ser sacada a la luz del día, experimentaríamos una maravillosa expansión de nuestras fuerzas, una vívida renovación de la vida, alcanzaríamos la estatura de la torre.

Es más, si pudiéramos sacar algo olvidado no sólo por nosotros mismos sino por toda nuestra generación o por toda nuestra civilización, traeríamos muchos dones, nos convertiríamos en los héroes del día de la cultura, en personajes de importancia no sólo local sino histórico-mundial. En una palabra, la primera misión del héroe es retirarse de la escena del mundo de los efectos secundarios, a aquellas zonas causales de la psique que es donde residen las verdaderas dificultades, y allí aclarar dichas dificultades, borrarlas según cada caso particular (o sea, presentar combate a los demonios infantiles de cada cultura local) y llegar hacia la experiencia y la asimilación no distorsionada de las que C. G. Jung ha llamado "imágenes arquetípicas".¹⁸

¹⁸ "Formas o imágenes de naturaleza colectiva que toman lugar en toda la Tierra, que constituyen el mito y que al mismo tiempo son producidos, autóctonos e individuales de origen inconsciente", (C. G. Jung, *Psychology and Religion*, Yale University Press, 1938, p. 63; ver también por el mismo autor, *Psychologische Typen*, Zurich, 1921, pp. 540, 596-603). Como dice el Dr. Jung (*Psychology and Religion*, p. 64), la teoría de los arquetipos no es de ninguna manera invención suya. Comparar con Nietzsche: "En nuestros años a travésamos el pensamiento de toda la humanidad primaria. De la misma manera en que el hombre razona en sus sueños, razonaba en su etapa primera hace miles de años... El sueño nos retrotrae a las etapas primitivas de la cultura humana y nos da un medio para entenderlos mejor." (Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, citado por Jung, *Psychology and Religion*, pp. 122-123).

Compárese con la teoría de Adolf Bastian de las "ideas elementales" étnicas, las cuales, en su carácter psíquico primario (correspondiente a los *logoi spermatikoi* de los estoicos), deben considerarse como "las disposiciones espirituales (o psíquicas) en germen, de las cuales se ha desarrollado orgánicamente toda la estructura social completa" y como tales, deben servir de base a la investigación inductiva (*Ethnische Elementargedanken in der Lehre von Menschen*, Berlin, 1895, vol. I, p. 11).

Compárese con Franz Boas: "Desde la cuidadosa discusión de Waletz de la cuestión de la unidad de la especie humana, no queda duda en lo general de que las características mentales básicas del hombre son las mismas en todo el mundo" (*The Mind of Primitive Man*, p. 104, The Macmillan Company). "Bastian habló de la tremenda monotonía de las ideas fundamentales de la especie humana en todo el globo" (*op. cit.*, p. 155). "Ciertos patrones de asociación de ideas pueden reconocerse en todos los tipos de cultura" (*op. cit.*, p. 228).

Compárese con Sir James Frazer: "Nosotros, como algunos investigadores de antiguos y modernos tiempos, no necesitamos suponer que estos

Este es el proceso conocido en la filosofía hindú y budista como *viveka*, "discriminación".

Los arquetipos que han de ser descubiertos y asimilados son precisamente aquellos que han inspirado, a través de los anales de la cultura humana, las imágenes básicas del ritual, de la mitología y de la visión. Estos "seres eternos del sueño"¹⁹ no deben ser confundidos con las figuras simbólicas personalmente modificadas que aparecen en las pesadillas y en la locura del individuo todavía atormentado... El sueño es el mito personalizado, el mito es el sueño despersonalizado; tanto el mito como el sueño son simbólicos del mismo modo general que la dinámica de la psique. Pero en el sueño las formas son distorsionadas por las dificultades peculiares al que sueña, mientras

pueblos occidentales tomaban prestado de la más antigua civilización de Oriente el solemne ritual que dramatizaba ante los ojos de los adoradores la concepción del dios moribundo y renaciente. Más probablemente la semejanza que pudiera trazarse a este respecto entre las religiones del Oriente y el Occidente consiste sólo en lo que común aunque incorrectamente llamamos una coincidencia fortuita, el efecto de causas similares actuando de igual modo sobre la constitución semejante de la mente humana en los diferentes países y bajo distintos cielos." *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, 3ª ed., 1956, pp. 443-444.

Compárese con Sigmund Freud: "Reconoció el simbolismo de los sueños desde su planteamiento, pero sólo fue poco a poco como llegué a una apreciación completa de su amplitud y significado, como resultado de la experiencia y bajo la influencia de los trabajos de W. Stekel... Stekel encontró sus significados simbólicos por medio de la intuición, en virtud de su facultad individual de comprender inmediatamente los símbolos... La experiencia progresiva del psicoanálisis nos ha permitido descubrir pacientes que han prestado en un grado sorprendente esta comprensión inmediata del simbolismo de los sueños... El simbolismo no pertenece especialmente a los sueños, sino más bien a la imaginación inconsciente, particularmente a la de los pueblos, y se encuentra en condiciones más desarrolladas, en cuentos populares, mitos, leyendas y en los continuos absurdos de la conducta de los pueblos que en los sueños." *La interpretación de los sueños*, capítulo VI, *op. cit.*

El Dr. Jung señala que ha tomado el término arquetipo de las fuentes clásicas: Cicerón, Plinio, el *Corpus Hermeticum*, San Agustín, etc. (*Psychology and Religion*, p. 122). Bastian señala la correspondencia de su teoría de las "ideas elementales" con el concepto estoico de los *logoi spermatikoi*. La tradición de las "formas subjetivamente conocidas" (súbscrito: *antarkhegripa*) coincide de hecho con la tradición del mito, y es la clave para la comprensión y el uso de las imágenes mitológicas, como ha de comprobarse abundantemente en los siguientes capítulos.

¹⁹ Esta es la traducción de Géza Róheim de un término australiano andano, *alifiranga mifirina*, que se refiere a los antecesores míticos que vagaban por la tierra en los tiempos llamados *alifiranga makala*, "el ancestro existía". La palabra *alifira* significa: a) un sueño, b) ancestro, seres que aparecen en el sueño, c) una historia (Róheim, *The Eternal Quest of the Dream*, pp. 210-211).

que en el mito los problemas y las soluciones mostrados son directamente válidos para toda la humanidad.

El héroe, por lo tanto, es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales. De esta manera las visiones, las ideas y las inspiraciones surgen prístinas de las fuentes primarias de la vida y del pensamiento humano. De aquí su elocuencia, no de la sociedad y de la psique presentes y en estado de desintegración, sino de la fuente inagotable a través de la cual la sociedad ha de renacer. El héroe ha muerto en cuanto hombre moderno; pero como hombre eterno —perfecto, no específico, universal— ha vuelto a nacer. Su segunda tarea y hazaña formal ha de ser (como Toynebe declara y como todas las mitologías de la humanidad indican) volver a nosotros transfigurados y enseñar las lecciones que ha aprendido sobre la renovación de la vida.²⁰

"Caminaba sola por los confines de una gran ciudad, por calles destruidas y entlodadas, con oscuras casitas a los lados—escribió una mujer-moderna, al describir un sueño que ha tenido—. No sabía dónde estaba, pero me gustaba explorar; escogí una calle que estaba terriblemente lodosa y conducía a lo que debe de haber sido una alcantarilla abierta. Seguí adelante entre las hileras de casuchas y entonces descubrí un pequeño río que corría entre donde yo estaba y un lugar alto y firme donde había una calle pavimentada. Este era un río herrnoso y perfectamente claro, que corría sobre el césped. Podía ver la hierba moverse bajo el agua. No había manera de cruzarlo, por eso fui a una casita y pedí un bote. Un hombre me dijo que me ayudaría a cruzar. Sacó una cajita de madera que puso en la orilla del río y yo vi en seguida que por medio de esta caja podía brincar fácilmente al otro lado. Supe que el peligro

²⁰ Debe decirse, en contra del profesor Toynebe, que malinterpretaría la escena mitológica cuando dice que la cristiana es la única religión que enseña esta segunda tarea. Todas las religiones la enseñan, como también lo hacen todas las mitologías y cuentos populares en todo el mundo. El profesor Toynebe llega a esta construcción errónea por una interpretación vulgar e incorrecta de las ideas orientales de Nirvana, Budha y Bodhisatva; y contrasta luego estos ideales, mal interpretados, con una reinterpretación muy sofisticada de la idea cristiana de la Ciudad de Dios. Esto es lo que lo lleva al error de suponer que la salvación de la situación actual del mundo puede estar en el retorno a los brazos de la Iglesia Católica Romana.

había pasado y quise recompensar generosamente al hombre que me auxilió.

Cuando pienso en este sueño, tengo la sensación de que no era necesario escoger el camino que yo tomé, sino que pude haber hecho una cómoda caminata por calles pavimentadas. Había querido ir por aquella parte destruida y lodosa porque prefería la aventura, y habiendo comenzado tenía que seguir adelante... Cuando pienso con cuánta persistencia tenía que seguir adelante en el sueño me parece que debo de haber sabido que había algo bueno al final, como aquel río lleno de hierba y la calle alta segura y pavimentada que estaba detrás. Pensándolo en esos términos es como la determinación de nacer—o mejor dicho, de nacer de nuevo—en una especie de sentido espiritual. Tal vez algunos de nosotros tienen que atravesar caminos oscuros y desviados antes de poder encontrar el río de la paz o el camino alto al destino del alma."²¹

La persona que tuvo ese sueño es una distinguida artista de ópera, y como todos los que han elegido, no los caminos seguros y ya experimentados del día, sino la aventura de la llamada especial y apenas audible que viene a aquellos cuyos oídos están abiertos tanto hacia adentro como hacia afuera, tuvo que hacer su camino sola, atravesar dificultades poco comunes, "por calles destruidas y lodosas", conoció la negra noche del alma, "la selva oscura en medio de la jornada de nuestra vida", de Dante, y las amarguras del fondo del infierno:

Por mí se va a la ciudad del llanto;
Por mí se va al eterno dolor;
Por mí se va hacia la raza condenada.²²

Lo más notorio de este sueño es que reproduce al detalle el dibujo básico de la fórmula mitológica universal en el camino del héroe. Esos motivos de hondo significado de los peligros, de los obstáculos y de la buena fortuna en

²¹ Frederick Pierce, *Dreams and Personality* (D. Appleton and Co., Publishers, 1931), pp. 108-109.

²² Palabras escritas sobre la Puerta del Infierno:
Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell'eterno dolore,
Per me si va tra la Perdua Gente.

Dante, "Infierno", III, 1-3.
(La Divina Comedia se cita según la traducción publicada en 1921 por la Universidad Nacional de México.)

el camino, los encontraremos implícitos en las siguientes páginas en cien formas diferentes. Primero, el paso sobre la alcantarilla abierta;²³ luego el del río perfectamente claro corriente sobre el césped;²⁴ la aparición de una persona bien dispuesta que le ayuda en el momento crítico;²⁵ y finalmente el suelo al o y firme detrás de la última corriente, (el Paraíso Terrenal, la ribera del Jordán).²⁶ éstos son los temas eternamente repetidos de la maravillosa canción de la elevada aventura del alma. Y todo aquel que se ha atrevido a escuchar y a seguir la llamada secreta ha conocido las asechanzas del tránsito peligroso y solitario:

El agudo filo de una navaja, difícil de atravesar,
Un difícil camino es éste... ¡lo dicen los poetas!²⁷

La autora del sueño es ayudada a pasar el agua por el don de una pequeña caja de madera, que toma el lugar dentro del sueño del esquife o del puente, formas más usuales. Este es el símbolo de sus propios talentos y virtudes especiales, los cuales la han llevado a través de las aguas del mundo. Esta persona no nos ha dado ninguna lista de sus asociaciones, de manera que no sabemos qué contenido especial hubiera podido revelar la caja; pero ciertamente corresponde a una variedad de la caja de Pandora —ese divino don de los dioses a la mujer hermosa, lleno con las semillas de todos los problemas y de las bendiciones de la existencia, pero también provista de la virtud susten-tante, la esperanza. Con su ayuda, la autora del sueño cruza a la otra orilla. Y por un milagro parecido, así sucederá

²³ Compárese con Dante, "Inferno", XIV, 76-84: "... un riachuelo, cuyo color rojo aún me horripila... cuyas aguas se reparten las pecadoras".

²⁴ Compárese con Dante, "Purgatorio", XXVIII, 22-30: "... un riachuelo, que corriendo hacia la izquierda, doblaba bajo el peso de pequeñas juncas las hierbas que brotaban en sus orillas... Las aguas que en la tierra se tienen por más puras, parecerían turbias comparadas con aquellas, que no ocultan nada".

²⁵ El Virgilio de Dante.

²⁶ "Los que antífanamente fingieron la edad de oro y su estado feliz; quizá soñaron en el Paraíso este sitio. Aquí fue inocente el origen de la raza humana; aquí la primavera y los frutos son eternos; éste es el verdadero néctar de que todos hablan." ("Purgatorio", XXVIII, 139-144.)

²⁷ *Katha Upanishad*, 3.14. (A menos de que se especifique otra cosa, todas las citas de los Upanishads han sido tomadas de Robert Ernest Hume, *The Thirteen Principal Upanishads, translated from the Sanskrit*, Oxford University Press, 1931.)

Los Upanishads son tratados hindúes sobre la naturaleza del hombre y del universo, y forman la última parte de la tradición ortodoxa de la especulación. Los más antiguos datan aproximadamente del siglo VIII a. c.

con aquellos cuyo trabajo es el difícil y peligroso oficio del descubrimiento de sí mismo y de su desenvolvimiento, pues han de atravesar el océano de la vida.

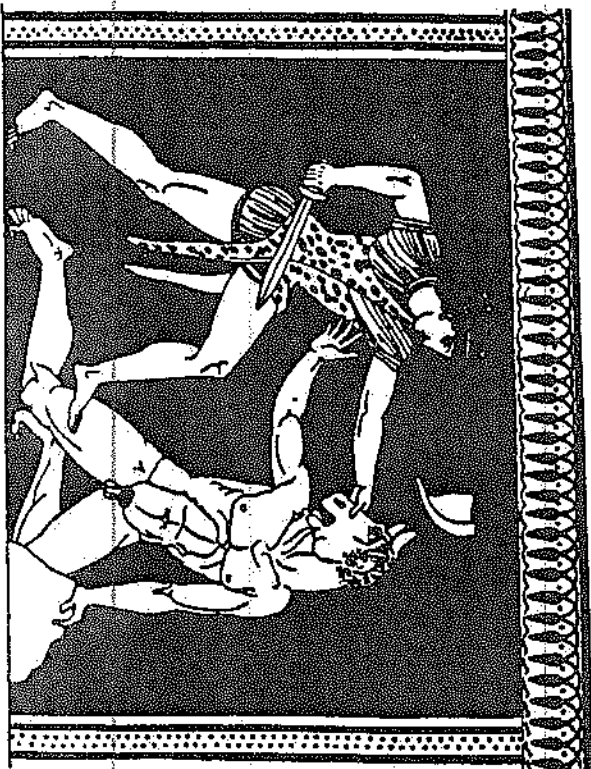


Fig. 2. Minotauronaguiá

Una multitud de hombres y mujeres escogen el camino menos aventurado de las rutinas cívicas y tribales relativamente inconscientes. Pero estos viajeros también se salvan en virtud de las ayudas heredadas y simbólicas de la sociedad, los ritos de iniciación, los sacramentos portadores de la gracia, entregados a la antigua humanidad por sus redentores y que han funcionado por milenios. Sólo aquellos que no conocen la llamada interior ni la doctrina externa se hallan en trance verdaderamente desesperado; es decir, casi todos nosotros en el momento actual, en que nos perdemos en este laberinto de adentro y de afuera del corazón. ¿Dónde está la guía, esa graciosa virgen, Ariadna, para entregarnos la sencilla clave que nos dará valor para encarar al Minotauro y los medios para volver a la libertad cuando el monstruo haya sido encontrado y muerto?

Ariadna, la hija del rey Minos, se enamoró del her-

El camino
trillado
por
los
solteros

Tengo
y
Nirvana

moso Teseo cuando lo vio desembarcar del bote que había traído al lastimoso grupo de mancebos y doncellas atenienses para el Minotauro. Encontró la manera de hablar con él y le dijo que le daría los medios de salir del laberinto si le prometía llevarla de Creta y hacerla su esposa. Él lo prometió así. Ariadna pidió ayuda al hábil Dédalo, por cuyo arte el laberinto había sido construido y había sido posible a la madre de Ariadna dar a luz su habitante. Dédalo le dio sencillamente un ovillo de hilo de lino, el cual debería ser amarrado a la entrada por el héroe extranjero y desarrollado conforme avanzara. Es poco, en realidad, lo que necesitamos. Pero sin ello, la aventura dentro del laberinto es desesperada.

Esta ayuda está al alcance de la mano. Y es muy curioso que el mismo científico que al servicio del rey culpable había sido el cerebro que concibió el horror del laberinto, con la misma facilidad pudo servir para alcanzar la meta de la libertad. Durante siglos Dédalo ha representado el prototipo del artista científico; ese fenómeno humano curiosamente desinteresado, casi diabólico, por encima de los lazos normales del juicio social, dedicado a la moral no de su tiempo sino de su arte. Él es el héroe de los caminos del pensamiento, de corazón entero, valeroso, lleno de fe en que la verdad, cuando él la encuentre, ha de darnos la libertad.

Ahora debemos volvernos a él, como hizo Ariadna. La fibra de su hilo de lino la ha tomado de los campos de la imaginación humana. Siglos de agricultura, décadas de selección diligente, trabajo de numerosas manos y de numerosos corazones, han entrado en la labor de cortar, seleccionar e hilar este cordel apretadamente torcido. Y lo que es más, ni siquiera tenemos que arriesgarnos solos a la aventura, porque los héroes de todos los tiempos se nos han adelantado, el laberinto se conoce meticulosamente; sólo tenemos que seguir el hilo del camino del héroe. Y donde habíamos pensado encontrar algo abominable, encontramos un dios; y donde habíamos pensado matar a otro, nos mataremos nosotros mismos; y donde habíamos pensado que salíamos, llegaremos al centro de nuestra propia existencia; y donde habíamos pensado que estaríamos solos, estaremos con el mundo.

2. TRAGEDIA Y COMEDIA

"Las familias felices son todas iguales; las que no lo son, tienen su propia manera de infelicidad." Con estas omnisas palabras, el conde León Tolstói inició la novela de la destrucción espiritual de su heroína moderna, Ana Karenina. Durante las siete décadas que han pasado desde que aquella perturbada esposa, madre y amante apasionadamente ciega se arrojó entre las ruedas del tren —terminando así con un acto simbólico de lo que ya había pasado en su alma, su tragedia de desorientación—, un ditiirambo constante y tumultuoso de novelas, noticias periodísticas e ignorados gritos de angustia se han sucedido en honor al toro-demonio del laberinto; el aspecto destructivo, cólerico y enloquecedor del mismo dios que, cuando muestra su bondad, es vivificador principio del mundo. La novela moderna, como la tragedia griega, celebra el misterio de la destrucción, que en el tiempo es la vida. El final feliz es satirizado justamente como una falsedad; porque el mundo tal como lo conocemos, tal como lo hemos visto, no lleva más que a un final: la muerte, la desintegración, el desmembramiento y la crucifixión de nuestro corazón con el olvido de las formas que hemos amado.

"Piedad es el sentimiento que paraliza el ánimo en presencia de todo lo que hay de grave y constante en los sufrimientos humanos y lo une con el ser paciente. Terror es el sentimiento que paraliza el ánimo en presencia de todo lo que hay de grave y constante en los sufrimientos humanos y lo une con la causa secreta."²⁸ Como Gilbert Murray ha señalado en el prefacio a la traducción de Ingram Bywater de la *Poética* de Aristóteles,²⁹ la catarsis trágica (la "purificación" o "purgación" de las emociones del espectador de la tragedia a través de su experiencia de la compasión y el terror) corresponde a una catarsis ritual anterior ("la purificación de la comunidad de las corrupciones y venenos del año que acaba de terminar, de los viejos contagios de la muerte y del pecado"), lo cual era función de la comedia festiva y de misterio dedicados al desmembrado

²⁸ James Joyce, *El artista adolescente* (traducción de Alfonso Donado: Biblioteca Nueva, Madrid, 1926), p. 276.

²⁹ Aristóteles, *On the Art of Poetry*, (traducción por Ingram Bywater, con un prefacio por Gilbert Murray, Oxford University Press, 1920), pp. 14-16.

dios-toro, Dionisos. El espíritu meditativo se une, en el misterio de la obra de teatro, no con el cuerpo que en ella muere, sino con el principio de vida constante que lo alberga por un tiempo y que por ese tiempo era la realidad plasmada en una aparición (que corresponde al que sufre y a la causa secreta) en el *substratum* en el que nuestros yos se disuelven cuando "la tragedia que rompe el rostro del hombre" ³⁰ ha partido, destrozado y disuelto nuestra estructura mortal.

Aparece, aparece, cualquiera que sea tu forma y tu nombre,
¡Oh, Toro de la Montaña, Sorprendente de las Cien Cabezas,

León de la Llama ardiente!
¡Oh Dios, Bestia, Misterio! ¡Ven! ³¹

Esta muerte de los contenidos lógico y emocional de nuestra importancia provisional en el mundo del espacio y del tiempo, este reconocimiento de la vida universal que nos hace despojarnos de nuestro interés en nosotros para ponerlo en ella, que vibra y celebra su victoria justamente en el beso de nuestra propia aniquilación, este *amor fati*, amor al destino que es inevitablemente la muerte, constituye la experiencia del arte trágico: de allí su júbilo, el éxtasis redentor:

Mis días han pasado, yo, el sirviente,
el iniciado en el rito de Zeus;

Donde vaga el Zagreo de media noche, vago yo;

He soportado su grito como el trueno;

He cumplido sus rojos y sangrientos festejos;

He sostenido la llama de la Gran Madre Montaña;

Estoy libertado y nombrado por nombre

El Baco de los Sacerdotes envueltos en mallas. ³²

La literatura moderna se ha dedicado en gran parte a hacer una observación valerosa y exacta de las figuras enermizas y rotas que pifutían ante nosotros, a nuestro alrededor y en nuestro interior, donde se ha reprimido el impulso natural de protestar en contra del holocausto, de proclamar las culpas o anunciar las panaceas, ha encon-

³⁰ Robinson Jeffers, *Roman Stallion* (Nueva York: Horace Liveright, 1925), p. 20.

³¹ Eurípides, *Las bacantes*, 1017 (traducción de Gilbert Murray).
³² Eurípides, *Las cretenses*, frg. 475, ap. Porfirio, *De abstinentia*, IV, 19, traducción de Gilbert Murray. Ver el estudio de estos versos por Jane Harrison, *Prolegomena to a Study of Greek Religion* (3ª edición, Cambridge University Press, 1922), pp. 478-500.

trado realización la magnificencia de un arte trágico más potente para nosotros que el arte griego: la tragedia realista, íntima e interesante desde varios aspectos, de la democracia, donde se muestra al dios crucificado con su cara lacerada y rota en las catástrofes no sólo de las grandes casas sino de los hogares más comunes. Y no hay ninguna creencia hecha sobre el ciclo, la futura felicidad y la compensación para sobrellevar la majestad amarga, sino la oscuridad más absoluta. El vacío de la insatisfacción, que reciben y se comen las vidas que han sido expulsadas del vientre sólo para fracasar. (p. 101)

En comparación con todo esto, las historias breves de las realizaciones que hemos logrado parecen lastimosas. Demasiado bien sabemos cuánta amargura de fracaso, de pérdida, de desilusión y de insatisfacción irónica circula en la sangre hasta de los seres más envidiados del mundo. De aquí que no estemos dispuestos a asignar a la comedia el alto rango de la tragedia. La comedia como sátira es aceptable, como diversión es un agradable medio de escape, pero el cuento de hadas de la felicidad ya no puede ser tomado seriamente en cuenta, pertenece a la "tierra-del-nunca jamás" de la infancia, protegida de las realidades que bien pronto serán conocidas en forma terrible; así como el mito del cielo eterno sólo tiene vigencia para los viejos, cuyas vidas están detrás de ellos y cuyos corazones tienen que ser preparados para pasar el último portal del tránsito a la noche; pero ese serio juicio occidental moderno está fundado en un malentendido total de las realidades representadas en el cuento de hadas, en el mito y en las comedias divinas de la redención. Estas, en el mundo antiguo, se consideraban de más alto rango que la tragedia, de verdad más profunda, de realización más difícil, de estructura más sólida y de revelación más completa.

El final feliz del cuento de hadas, del mito y de la divina comedia del alma deben leerse no como una contradicción, sino como la trascendencia de la tragedia universal del hombre. El mundo objetivo sigue siendo lo que era, pero como el énfasis ha cambiado dentro del sujeto, se nos muestra transformado. Donde antes contendían la vida y la muerte se manifiesta ahora un ser perdurable, tan indiferente a los accidentes del tiempo como el agua que hierve en un recipiente lo es al destino de una burbuja, o como lo es el cosmos a la aparición y desaparición de una ga-

o soportar todas las aflicciones.³⁶ Volvió al mundo a través de una puerta de marfil a realizar sus deberes.

Una representación majestuosa de las dificultades del oficio del héroe y de su sublimé importancia cuando es concebida profundamente y llevada a cabo con solemnidad, la encontramos en la leyenda de las Grandes Batallas del Buddha. El joven príncipe Gautama Sākyamuni partió secretamente del palacio de su padre en el príncipio corcel Kanthaka, pasó milagrosamente por la puerta vigilada, cabalgó en medio de la noche alumbrado por las antorchas de cuatro veces sesenta mil divinidades, atravesó con ligereza un río majestuoso de mil ciento veintiocho codos de ancho, y después con un solo golpe de su espada cortó sus reales cabellos y el cabello que le quedó, de dos dedos de largo, se rizó hacia la derecha y permaneció pegado a su cabeza. Visitó las ropas de los monjes, atravesó el mundo como un mendigo y durante estos años en que en apariencia vagaba inútilmente, adquirió y trascendió los ocho estados de la meditación. Se retiró a una ermita, sometió sus fuerzas seis años más a la gran batalla, llevó su austeridad hasta el extremo y cayó en una muerte aparente de la que poco después se recobró. Luego volvió a la vida menos rígorosa del vagabundo asceta.

Un día se sentó bajo un árbol, estaba contemplando la parte oriental del mundo y el árbol se iluminó con las luces que él irradiaba. Una joven llamada Sujata vino y le ofreció arroz con leche en una taza de oro y, cuando tiró la taza vacía en el agua, flotó corriente arriba. Esta fue señal de que el momento de su triunfo había llegado. Se levantó y avanzó por un camino que había sido adornado por los dioses y que tenía mil ciento veintiocho codos de ancho. Las serpientes, los pájaros y las divinidades de los bosques y de los campos le ofrecieron flores y perfumes celestiales; los cerros celestiales le dieron su música y los diez mil mundos fueron invadidos de perfumes, guirnaldas, armonías y aclamaciones, porque él estaba en camino al Gran Árbol de la Iluminación, el Árbol Bo, bajo el cual redimiría al universo. Se colocó con firme resolución bajo el Árbol Bo, en el Punto Inmóvil, e inmediatamente se le acercó Kama-Mara, el dios del amor y de la muerte.

El peligroso dios apareció montado en un elefante y

³⁶ Virgilio, *Enéida*, VI, 892.

portando armas en sus mil manos. Estaba rodeado por su ejército que se extendía doce leguas ante él, doce a la derecha, doce a la izquierda, y a su espalda cubría los confines del mundo; además, tenía nueve leguas de estatura. Las deidades protectoras del Universo huyeron, pero el Futuro Buddha permaneció inmóvil debajo del Árbol. Entonces el dios lo atacó, tratando de romper su concentración.

El Antagonista envió sobre el Redentor viento huracanado, rocas, truenos y llamas, armas humeantes de aceros filios, carbones ardientes, ceniza caliente, lodo hirviendo, arenas quemantes y profunda oscuridad, pero los proyectiles se convertían en flores celestiales y en ungüentos, por la fuerza de las diez perfecciones de Gautama. Mara entonces envió a sus hijas Deseo, Anhelo y Lujuria, rodeadas de voluptuosos servidores, pero la mente del Gran Señor no se distrajo. El dios finalmente puso en duda su derecho de sentarse en el Punto Inmóvil, arrojó coléricamente su disco agudo como navaja de afeitar y ordenó al ejército que se despenara sobre él. Pero el Futuro Buddha sólo movió la mano para tocar el suelo con las puntas de los dedos y así ordenó a la diosa de la tierra que atestiguara su derecho a sentarse donde estaba. Ella lo hizo con cien, con mil, con cien mil alaridos y el elefante del Antagonista cayó sobre sus rodillas en obediencia al Futuro Buddha. El ejército se dispersó inmediatamente y los dioses de todos los mundos espacion guirnaldas.

Habiendo ganado esa victoria preliminar antes de ponerse el sol, el conquistador adquirió en la primera vigilia de la noche el conocimiento de sus existencias anteriores, en la segunda vigilia, el ojo divino de la visión omnisciente, y en la última la comprensión de la cadena de las causas. Experimentó la iluminación perfecta al romper el día.³⁷

³⁷ Este es el momento más importante de la mitología oriental, un contrapunto de la crucifixión del Occidente. El Buddha debajo del Árbol de la Iluminación (el Árbol Bo) y Cristo bajo el Árbol de la Redención son figuras análogas, incorporadas al arquetipo Salvador del Mundo, al motivo del Árbol del Mundo, que es de inmemorial antigüedad. Muchas otras variantes del tema se encontrarán en episodios subsiguientes. El Punto Inmóvil y el Monte Calvario, son las imágenes del Ombligo del Mundo o del Eje del Mundo (ver p. 40, *infra*).

El llamado a la tierra como testigo se representa en el arte tradicional budista por medio de imágenes del Buddha, sentado en la clásica postura, con la mano derecha sobre la rodilla derecha y con los dedos tocando ligeramente el suelo.

Durante siete días Gautama, ahora el Buddha, el iluminado, permaneció inmóvil en bienaventuranza; por siete días permaneció apartado y sentado en el punto en el que había recibido la iluminación; por siete días caminó entre el lugar donde estuvo sentado y el lugar donde estuvo de pie; por siete días se alojó en un pabellón amueblado por los dioses y revisó toda la doctrina de la causalidad y la liberación; por siete días se sentó bajo el árbol donde la joven Sujata le había traído arroz con leche en un recipiente de oro y allí meditó sobre la doctrina de la dulzura del Nirvana; se dirigió a otro árbol y una gran tempestad rugió por siete días, pero el Rey de las Serpientes surgió de las raíces y protegió al Buddha con su caperuza extendida; finalmente, el Buddha se sentó por siete días bajo un cuarto árbol disfrutando todavía de la dulzura de la liberación. Entonces puso en duda que su mensaje pudiera ser comunicado, pensó retener la sabiduría para sí mismo, pero el dios Brahma descendió del cenit a implorarlo que se convirtiera en el maestro de los dioses y de los hombres. El Buddha fue así persuadido a mostrar el camino.³⁸ Y regresó a las ciudades de los hombres, donde vivió entre los ciudadanos del mundo otorgándoles el inestimable bien del conocimiento del camino.³⁹

El Antiguo Testamento registra un hecho comparable en su leyenda de Moisés, quien al tercer mes de la partida del pueblo de Israel de las tierras de Egipto, llegó con toda su gente al Monte Sinai y allí Israel levantó sus tiendas contra las laderas de la montaña. Y Moisés fue hacia Dios

³⁸ El problema es que el estado de Buddha o Iluminación, no puede ser comunicado, sino sólo el camino hacia la iluminación. Esta doctrina de la incommunicability de la verdad que está por encima de los nombres y de las formas es básica a las grandes tradiciones orientales y platónicas. En cuanto las verdades de la ciencia son comunicables y platonícas, de hipótesis, demostrables, racionalmente fundadas en hechos observables, el ritual, la mitología y la metafísica no son sino guías para llegar a la iluminación trascendental cuyo paso final debe dar cada uno en su propia experiencia silenciosa. De aquí que uno de los términos sánscritos para sabio sea *muni* (el silencioso). Sakyamuni (uno de los títulos de Gautama Buddha) significa "el silencioso o sabio (*muni*) del clan de los Sakya". Aunque él es el fundador de una religión mundial, el último punto de su doctrina permanece escondido y, necesariamente, en silencio.

³⁹ Tomado en forma muy aureviada de *Jataka*, Introduction, I, 58-75 (traducción de Henry Clarke Warren, *Buddhism in Translation*, Harvard Oriental Series, 3; Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1896, pp. 56-87) y del *Lalitavistara* como lo ha interpretado Ananda K. Coomaraswamy, *Buddha and the Gospel of Buddhism* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1916), pp. 24-38.

y el Señor lo llamó de la montaña. El Señor le dio las Tablas de la Ley y le ordenó que volviera con ellas a Israel, el pueblo del Señor.⁴⁰

La leyenda popular judía dice que durante el día de la revelación diversos ruidos se escucharon desde el Monte Sinai. "Relámpagos, acompañados por un estrepito de cuernos siempre mayor, aterronizaron al pueblo y lo hicieron temblar. Dios inclinó los cielos, movió la tierra y sacudió el centro del mundo, de manera que las profundidades temblaron y los cielos se atemorizaron. Su esplendor pasó los cuatro portales del fuego, del temblor, de la tempestad y del granizo. Los reyes de la tierra temblaron en sus palacios. La tierra misma pensó que había llegado el momento de la resurrección de los muertos y que tendría que dar cuenta de la sangre que había absorbido, de los asesinatos, y de los cuerpos de las víctimas que había cubierto. La tierra no entró en calma hasta que escuchó las primeras palabras del Decálogo.

Los cielos se abrieron y el Monte Sinai, libertado de la tierra, se levantó en el aire hasta que su cumbre se perdió en los cielos, mientras que una espesa nube cubrió sus laderos y tocó los pies del Trono Divino. A un lado de Dios aparecieron veintidós mil ángeles con coronas para los levitas, la única tribu que había permanecido fiel a Dios, mientras que el resto adoraba al Becerro de Oro. En el segundo lado había sesenta mitiadas tres mil quinientos cincuenta ángeles y cada uno llevaba una corona de fuego para cada uno de los israelitas. En el tercer lado había el doble de este número de ángeles y en el cuarto los ángeles eran sencillamente innumerables. Porque Dios no apareció en una dirección, sino en todas simultáneamente, lo que, sin embargo, no impedía que Su gloria abarcara tanto el cielo como la tierra. A pesar de estas innumerables multitudes, no estaba lleno el Monte Sinai, no había tumulto, había sitio para todos."⁴¹

Como veremos, la aventura del héroe, ya sea presentada con las vastas, casi oceánicas imágenes del Oriente, o en las vigorosas narraciones de los griegos, o en las majestuosas leyendas de la Biblia, normalmente sigue el modelo de la unidad nuclear arriba descrita; una separación del

⁴⁰ Éxodo, 19:3-5.

⁴¹ Louis Ginzberg, *The Legends of the Jews*, vol. III, pp. 90-94 (The Jewish Publication Society of America, Filadelfia, 1911).

mundo, la penetración a alguna fuente de poder, y un regreso a la vida para vivirla con más sentido. Todo el Oriente fue bendecido por el don que les entregó Gautama Buddha, su maravillosa enseñanza de la Buena Ley, así como el Occidente lo ha sido por el Decálogo de Moisés.

Los griegos referían la existencia del fuego, el primer soporte de la cultura humana, a las hazñas trascendentes de su Prometeo, y los romanos la fundación de su ciudad, centro del mundo, a Eneas, después de su partida de la Troya derrotada a través de su visita al pavoroso mundo inferior de los muertos. En todas partes, sin que importe cual sea la esfera de los intereses (religiosa, política o personal), los actos verdaderamente creadores están representados como aquellos que derivan de una especie de muerte con respecto al mundo y lo que sucede en el intervalo de la inexistencia del héroe hasta que regresa como quien vuelve a nacer, engrandecido y lleno de fuerza creadora, hasta que es aceptado unánimemente por la especie humana. Por consiguiente, nos ocuparemos de seguir una multitud de figuras heroicas a través de las etapas clásicas de la aventura universal, con objeto de revisar las revelaciones eternas. Esto nos ayudará a entender no solo el significado de las imágenes vigentes en la vida contemporánea, sino la unidad del espíritu humano en sus aspiraciones, poderes, vicisitudes y sabiduría.

Las siguientes páginas presentarán en forma de una aventura compuesta las historias de los portadores simbólicos y mundiales del destino de todos los hombres. La primera gran etapa, que es la de la "separación" o partida, será mostrada en la primera parte, capítulo primero, en cinco subdivisiones: 1) "La llamada de la aventura", o las señales de la vocación del héroe; 2) "La negativa al llamado", o la locura de la huida del dios; 3) "La ayuda sobre natural", la inesperada asistencia que recibe quien ha emprendido la aventura adecuada; 4) "El cruce del primer umbral", y 5) "El vientre de la ballena", o sea el paso al reino de la noche. La etapa de las "Pruebas y victorias subdivisiones: 1) "El camino de las pruebas", o del aspecto peligroso de los dioses; 2) "El encuentro con la diosa" (*Magna Mater*), o la felicidad de la infancia recobrada; 3) "La mujer como tentación", el pecado y la agonía de

Edipo; 4) "La reconciliación con el padre"; 5) "Apoteosis", y 6) "La gracia última".

El regreso y la reintegración a la sociedad, que es indispensable para la circulación continua de la energía espiritual dentro del mundo, y que, desde el punto de vista de la comunidad, es la justificación del largo retiro del héroe, es usualmente lo que ante él se presenta como el requisito más difícil. Porque si ha alcanzado, como el Buddha, el profundo reposo de la completa iluminación, existe el peligro de que la bienaventuranza de esta experiencia anigule el recuerdo, el interés y la esperanza en las penas del mundo; y también que el problema de mostrar el camino de la iluminación a los hombres envueltos en sus dificultades económicas parezca demasiado arduo. Por otra parte, si el héroe, en vez de someterse a todas las pruebas de la iniciación, se ha precipitado a su meta por medio de la violencia, de la estratagemas y de la suerte, como Prometeo, y ha entregado al mundo la gracia que deseaba, es posible que las fuerzas que ha desequilibrado reaccionen duramente y sea castigado en forma interna y externa, encadenado, como Prometeo, en la roca de su propio inconsciente violado. O si, haciendo una tercera suposición, el héroe regresa salvo y por su voluntad, pudiera encontrarse con una incompreensión o un desprecio tan absolutos de parte de aquellos a quienes ha venido a ayudar, que su carrera se hundirá. El tercero de los siguientes capítulos concluirá el estudio de estas posibilidades bajo seis subdivisiones: 1) "La negativa al regreso" o el mundo negado; 2) "La huida mágica", o la fuga de Prometeo; 3) "El rescate del mundo exterior"; 4) "El cruce del umbral del regreso", o la vuelta al mundo normal; 5) "La posesión de los dos mundos"; y 6) "Libertad para vivir", la naturaleza y función de la gracia última.⁴²

El complicado héroe del monomito es un personaje de cualidades extraordinarias. Frecuentemente es honrado por la sociedad a que pertenece, también con frecuencia es

⁴² Esta aventura circular del héroe aparece en forma negativa en las historias del tipo de la del diluvio, en que el héroe no va a la fuerza, sino la fuerza se levanta contra el héroe y cede de nuevo. Las historias del diluvio aparecen en todas las partes de la Tierra. Forman una porción integral del mito arquetípico de la historia del mundo y así pertenecen propiamente a la parte II del presente estudio. "El ciclo cosmogónico". El héroe del diluvio es el símbolo de la vitalidad germinal del hombre que sobrevive a las peores catástrofes y pecados.

desconocido o despreciado. El y el mundo, o él o el mundo, en el que se encuentra sufren de una deficiencia simbólica. En los cuentos de hadas esto puede ser un detalle tan nimio como la carencia de cierto anillo de oro, mientras que en la visión apocalíptica, la vida física y espiritual de toda la Tierra se representa como caída o a punto de caer en la ruina.

Típicamente, el héroe del cuento de hadas alcanza un triunfo doméstico y microscópico, mientras que el héroe del mito tiene un triunfo macroscópico, histórico-mundial. De allí que mientras el primero, que a veces es el niño menor o más despreciado, se adueña de poderes extraordinarios y prevalece sobre sus opresores personales, el segundo vuelve de su aventura con los medios para lograr la regeneración de su sociedad como un todo. Los héroes tribales o locales como el emperador Huang Ti, Moisés o el azteca Tezcatlipoca entregan su dádiva a un solo pueblo; los héroes universales, como Mahoma, Jesús, Gautama Buddha, traen un mensaje para el mundo entero.

Ya sea el héroe ridículo o sublime, griego o bárbaro, gentil o judío, poco varía su jornada en lo escencial. Los cuentos populares representan la acción heroica como física; las religiones superiores dan sentido moral a las hazañas; sin embargo, es asombrosa la poca variedad que se encuentra en la morfología de la aventura, en los personajes que intervienen, en las batallas ganadas. Si uno u otro de los elementos básicos del arquetipo queda omitido de un cuento de hadas, leyenda, ritual o mito, se halla implícito de uno u otro modo. Y la omisión misma puede ser muy significativa para la historia y la patología del caso, como pronto veremos.

La parte segunda, "El ciclo cosmogónico", muestra la gran creación y destrucción del mundo que se entrega como revelación al héroe triunfador. El capítulo I, *Emancipaciones*, trata de la creación de las formas del universo a partir del vacío. El capítulo II, *El nacimiento de virgen*, es una revisión del papel creador y redentor de la fuerza fecundadora, primero en la escala cósmica, como la Madre del Universo, después en el plano humano, como la Madre del Héroe. El capítulo III, *Transformaciones del héroe*, sigue el curso de la historia legendaria de la raza humana a través de sus etapas típicas, con la aparición del héroe en diversas formas de acuerdo con las necesidades cam-

biantes de la raza. Y el capítulo IV, *Disoluciones*, habla del final previsto, primero para el héroe, y luego para el mundo visible.

El ciclo cosmogónico se presenta con asombroso paralelismo, en los escritos sagrados de todos los continentes, y da a la aventura del héroe un giro nuevo e interesante, porque ahora aparece que la peligrosa jornada es una labor no de adquisición sino de readquisición, no de descubrimiento sino de redescubrimiento. Se revela que las fuerzas divinas buscadas y peligrosamente ganadas han estado siempre dentro del corazón del héroe. El es "el hijo del rey", que ha llegado a saber quién es; de aquí que haya entrado al ejercicio de su propia fuerza, "hijo de Dios", que ha sido enseñado a apreciar cuánto significa ese título. Desde este punto de vista el héroe es el símbolo de esa divina imagen creadora y redentora que está escondida dentro de todos nosotros y sólo espera ser reconocida y restituida a la vida.

"Porque aquel que se ha convertido en muchos, permanece uno solo indivisible, pero cada una de sus partes es toda de Cristo", leemos en los escritos de San Simeón el joven (949-1022 d. C.). "Lo vi en mi casa—sigue el santo—, entre todos los objetos diarios apareció El inesperadamente, se unió y se confundió inefablemente conmigo; se unió a mí sin que hubiera cosa alguna entre nosotros, como el fuego al acero y la luz al cristal. Y El me hizo como fuego y como luz. Y yo me convertí en aquello que había visto y contemplado desde lejos. No sé como relataros este milagro... Soy hombre por naturaleza y Dios por la gracia de Dios."⁴⁴

Una visión comparable a ésta se describe en el apócrifo Evangelio de Eva. "Estaba yo en un alto monte y vi un hombre gigante y otro raquítico. Y el así como una vez de trueno. Me acerqué para escuchar y me habló diciendo: 'Yo soy tú y tú eres yo; dondequiera que estés, allí estoy yo. En todas las cosas estoy desparrramado y de cualquier

⁴⁴ El presente volumen no se ocupa del estudio histórico de las circunstancias. Ese aspecto está reservado a un libro ahora en preparación. El presente volumen es un estudio comparativo, no genético. Su objeto es mostrar que existen paralelos esenciales en los mitos mismos, así como en las interpretaciones y explicaciones que los sabios les han dado.

⁴⁵ Traducción de Dom Ansger Nelson, P. S. B., en *The Soul Aflame* (Nueva York: Pantheon Books, 1944), p. 303.

sitio puedes recogerme, y, recogién dome a mí, te recoges a ti mismo."⁴⁵

Ambos, el héroe y su dios último, el que busca y el que es encontrado, se comprenden como el interior y el exterior de un solo misterio que se refleja a sí mismo como un espejo, idéntico al misterio del mundo visible. La gran proeza del héroe supremo es llegar al conocimiento de esta unidad en la multiplicidad y luego darla a conocer.

4. EL OMNÍFICO DEL MUNDO

El efecto de la aventura del héroe cuando ha triunfado es desencadenar y liberar de nuevo el flujo de la vida en el cuerpo del mundo. El milagro de esta fluencia puede representarse en términos físicos como la circulación de la sustancia alimenticia, en términos dinámicos como una corriente de energía, y espiritualmente como una manifestación de la gracia. Tales variedades en la imagen se alternan fácilmente y representan tres grados de concentración de la única fuerza vital. Una cosecha abundante es el signo de la gracia de Dios; la gracia de Dios es el alimento del alma; la luz del relámpago es el presagio de la lluvia fertilizante y al mismo tiempo la manifestación de la energía de Dios puesta en movimiento. Gracia, sustancia alimenticia, energía, son derramadas sobre el mundo vivo, y adonde no caen, la vida se descompone en muerte.

El torrente surge de una fuente invisible y su punto de entrada es el centro del círculo simbólico del universo, el Punto Inmóvil de la leyenda del Buddha,⁴⁶ alrededor del cual puede decirse que el mundo gira. Bajo este punto se halla la cabeza de la serpiente cósmica que sostiene la Tierra, el dragón, símbolo de las aguas del abismo que son la divina energía creadora de la vida y sustancia del demurgo; el aspecto generador del mundo del ser inmortal.⁴⁷ El árbol de la vida, por ejemplo, el universo mismo, crece en este punto. Está enraizado en la oscuridad que lo sostiene, el dorado pájaro del sol vive en su copa, un arroyo, la fuente inagotable, bulle a sus pies. La figura puede ser también la de una montaña cósmica, con la ciudad de los dioses, como un

⁴⁵ Citado por Epifanio, *Haeresses*, xxv, 3.

⁴⁶ *Supra*, p. 36.

⁴⁷ Esta es la serpiente que protegió al Buddha la quinta semana después de la Iluminación. Ver *supra*, p. 38.

loto de luz, sobre su cumbre; y en su base, las ciudades de los demonios, iluminadas por piedras preciosas. O bien la figura puede ser la del hombre o la mujer cósmicos, (por ejemplo el Buddha mismo o la diosa danzarina hindú Kālī) sentados o de pie en este punto, o clavados en el árbol (Attis, Jesús y Molán), porque el héroe como encarnación de Dios es el ombligo del mundo, el centro umbilical a través del cual las energías de la eternidad irrumpen en el tiempo. De este modo el ombligo del mundo es el símbolo de la creación continua; el misterio del mantenimiento del mundo por medio del continuo milagro de la vivificación que corre dentro de todas las cosas.

Entre los pawnees del norte de Kansas y del sur de Nebraska, durante el ceremonial de Hako, el sacerdote dibuja un círculo con la punta del pie. "El círculo representa un nido.—se ha informado que dice el sacerdote—, y se dibuja con la punta del pie porque el águila construye su nido con sus garras. Aunque estamos imitando al pájaro que hace su nido, hay otro significado de esta acción; pensamos en Tirawa haciendo el mundo para que la gente viva en él. Si vas a una colina alta y mirás alrededor, verás que el cielo toca la tierra por todas partes y dentro de esta envoltura circular vive la gente. De manera que los círculos que hemos hecho no son sólo nidos, sino que también representan el círculo que Tirawa ha hecho para señalar el lugar en que vivan los pueblos. Los círculos son también para el grupo emparentado, para el clan y para la tribu."⁴⁸

El reino del cielo descansa en las cuatro esquinas de la Tierra, algunas veces sostenida por cuatro carátides que pueden ser reyes, enanos, gigantes, elfantes o tortugas. De aquí la tradicional importancia del problema matemático de la cuadratura del círculo; contiene el secreto de la transformación de las formas celestes en las terrenas. El hogar en la casa, el altar en el templo, es el centro de la rueda de la Tierra, el vientre de la Madre Universal, cuyo fuego

⁴⁸ Alice C. Fletcher, *The Hako: A Pawnee Ceremony* (Twenty Second Annual Report, Bureau of American Ethnology, parte 2, Washington, 1904), pp. 243-244.

"En la creación del mundo —le dijo un alto sacerdote pawnee a la señora Fletcher al explicar las divinidades adoradas en dicha ceremonia— se decidió que hubiera fuerzas mayores. Tirawa-attus, la fuerza poderosa, no podía acortarse al hombre, no podía ser visto ni sentido por él, y por lo tanto se permitió la existencia de poderes menores. Su objeto era mediar entre el hombre y Tirawa." (*Ibid.*, p. 27.)

es el fuego de la vida. La abertura en el techo de la casa, o la corona, el pináculo o la linterna de la cúpula, es el centro o punto medio del cielo, es la puerta del sol, a través de la cual las almas regresan del tiempo a la eternidad, como el olor de las ofrendas quemadas en el fuego de la vida, y elevadas en los ejes del humo ascendente del centro de la Tierra al centro de la rueda celestial.⁴⁶

Una vez lleno de esa manera, el sol es el recipiente donde come Dios, el cáliz inagotable, colmado de la sustancia del sacrificio, cuya carne es alimento y cuya sangre es bebida.⁴⁷ Al mismo tiempo es el que nutre a la especie humana. El rayo solar que enciende el fuego simboliza la comunicación de la divina energía al vientre del mundo y es de nuevo el eje que une y hace girar las dos ruedas. A través de la puerta del sol la circulación de la energía es continua. Dios desciende y el hombre asciende por ella. "Yo soy la puerta, el que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto."⁴⁸ "El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él."⁴⁹

Para las culturas que todavía se nutren en la mitología, el paisaje, como cada una de las fases de la existencia humana, toma vida por medio de las sugerencias simbólicas. Las colinas y los bosques tienen protectores sobrenaturales y están asociados con episodios populares bien conocidos en la historia local de la creación del mundo. En diversos lugares constituyen santuarios. El lugar en que ha nacido un héroe, donde ha realizado sus hazañas o donde ha regresado al vacío, es señalado y santificado. Allí se le erige un templo, con el cual se significa e inspira el milagro de la centralidad perfecta; porque éste es el lugar donde se inicia la abundancia. Porque alguien en este lugar descubrió la eternidad. Por lo tanto, ese sitio puede servir como sosten para una meditación fructífera. Ese tipo de templo se construye por lo general, simulando las cuatro direcciones del horizonte del mundo y el santuario o altar en el centro es el símbolo del Punto Inagotable. Aquel que entra al conjunto del templo y se acerca al santuario, está imitando la proeza del héroe original. Su finalidad es reproducir el

⁴⁶ Véase Ananda K. Coomaraswamy, "Symbolism of the Dome", *The Indian Historical Quarterly*, vol. XIV, N° 1 (marzo de 1938).

⁴⁷ Juan, 6:55.

⁴⁸ *Ibid.*, 10:9.

⁴⁹ *Ibid.*, 6:56.

modelo universal para evocar dentro de sí mismo el recuerdo de la forma que es el centro y la renovación de la vida.

Las ciudades antiguas están construidas como templos, con portales en las cuatro direcciones, mientras que en el centro está el santuario principal del divino fundador de la ciudad. Los ciudadanos viven y trabajan dentro de los confines de este símbolo. Con el mismo espíritu los dominios de las religiones nacionales y mundiales están centrados alrededor del eje de alguna ciudad madre: el reino cristiano de Occidente alrededor de Roma, el del Islam alrededor de la Meca. Las reverencias que hace tres veces al día la comunidad de Mahoma están dirigidas como los rayos de una rueda del tamaño del mundo al centro de la Kaaba y así se construye un gran símbolo viviente de la "sumisión" (*islam*) de todos y de cada uno a la voluntad de Alá. "Ciertamente Tú —léenos en el Corán—, Tú eres el sabedor de los secretos."⁵⁰ Hay otra posibilidad: un gran templo puede ser establecido en cualquier parte. Porque en última instancia el Todo está en todas partes y cualquier lugar puede convertirse en asiento del poder. Cualquier salvador y conductor al vagabundo al *sancía sanctorum* de su propio corazón.

El Ombligo del Mundo es ubicuo. Y como es la fuente de toda la existencia, produce la plenitud mundial del bien y del mal. La fealdad y la belleza, el pecado y la virtud, el placer y el dolor, son igualmente producidos por él. "Para el dios, todo es bello, y bueno y justo —dice Heráclito—, los hombres, por el contrario, tienen unas cosas por justas y otras por injustas".⁵¹ De aquí que las figuras a que se rinde culto en los templos del mundo no sean de ninguna manera siempre bellas, siempre benígnas o ni siquiera necesariamente virtuosas. Como la deidad del Libro de Job, trascienden las escalas de los valores humanos. Del mismo modo la mitología no destaca como su héroe más grande al hombre meramente virtuoso. La virtud no es sino el prelude pedagógico de la visión ulterior culminante, que está más allá de cualquier pareja de conceptos. La virtud opprime al yo centrado en sí mismo y hace posible la centra-

⁵⁰ Corán, V, 106 (el Corán se cita según la traducción de R. Canino Assens; Aguilar, Madrid, 1934).

⁵¹ Heráclito, Fragmento 102.

lidad transpersonal; pero cuando eso ha sucedido ¿que habrá después del dolor y del placer, del vicio o de la virtud, ya sea de nuestro yo o de otro? Se percibe entonces la fuerza trascendente que vive en todos, que en todos es maravillosa y que merece nuestra profunda obediencia en forma absoluta.

Porque como dijo Heraclito: "Lo disolviendo vuelve a equilibrio; de equilibrio en tensión se hace bellísimo ajuste, que todas las cosas se engendran de discordia."⁵⁵ O, como también ha dicho el poeta Blake: "El rugir de los leones, el aullar de los lobos, la cólera del mar huracanado y la espada destructiva, son tirros de eternidad demasiado grandes para el ojo del hombre."⁵⁶

Esta dificultad puede observarse vívidamente en una anécdota de Yoruba (África Occidental) contada de Edshu, la divinidad engañadora. Un día, este extraño dios caminaba por un sendero en medio de dos campos. "Vin un labriego trabajando en cada uno de ellos y se propuso jugar con los dos. Se puso un sombrero que era rojo de un lado y blanco del otro, verde por delante y negro por detrás, (éstos son los colores de las cuatro direcciones del mundo; Edshu es la personificación del centro, del axis mundi, del Ombligo del Mundo); de manera que cuando los labriegos regresaron a su aldea, uno le dijo al otro: ¿Viste pasar ese viejo con el sombrero blanco?; el otro contestó: "El sombrero era rojo." Y el primero dijo: "No, era blanco." Era rojo, insistió su amigo. "lo vi con mis propios ojos." "Debes de estar ciego", declaró el primero. "Debes estar borracho", contestó el otro. La disputa creció y llegaron a los golpes. Cuando iban a acuchillarse fueron llevados por sus vecinos ante el juez. Edshu estaba en medio de la multitud que presenciaba el juicio y cuando el juez no pudo decidir de qué lado estaba la justicia, el viejo engañador se desmenacó, expuso lo que había hecho y mostró el sombrero. "No tenían más remedio que pelear", dijo. "Así lo quise yo. Sembrar la discordia es mi más grande júbilo."⁵⁷

⁵⁵ Heraclito, Fragmento 8.

⁵⁶ William Blake, *The Marriage of Heaven and Hell*, "Proverbs of Hell".

⁵⁷ Leo Frobenius, *Und Afrika sprach...* (Berlin: Vita, Deutsches Verlagshaus, 1912), pp. 243-245. Compárese con el episodio asombrosamente similar de Odín (Wotan) en la *Falla en prosa*, "Skáldskaparmál" I ("Scandinavian Classics", vol. V; Nueva York, 1929, p. 96). Compárese también el



LAM. I. El domador de monstruos (Sumeria).